

LÓPEZ CASTELLÓN, Enrique, *Leyendo a Nietzsche*, Madrid: Ediciones UAM, 2008. 271 páginas. ISBN: 978-84-8344-128-2.

El libro trata de las obras más importantes de Nietzsche desde un punto de vista descriptivo, más allá del análisis exhaustivo, y evita la sistematización del pensamiento nietzscheano. El resultado es una gran aportación de información referente a las obras que se propone comentar. La elección de las obras parece responder, en todo caso, a los criterios de búsqueda que parten del afán por presentar aquellos libros que pueden dar el testimonio más fidedigno de su autor, no siendo tratados como meras partes de una bibliografía, sino como auténticas etapas de una biografía, de una vida.

Son muchas las dificultades que supone hablar de la vida, en general, y también lo son las que conlleva Friedrich Nietzsche, en particular, de ahí el interés que pueden alcanzar ambos temas recibiendo el tratamiento adecuado (como es el caso), interés que desprende su lectura desde el principio hasta el final. Para leer a Nietzsche hay que tener en cuenta la importancia que él mismo da al hecho de poner en juego toda la autobiografía cuando se dispone uno a escribir un libro o, en el mejor de los casos, a firmar su autoría, aunque sea Peter Gast quien lo redacte (debido al deterioro progresivo de su vista, Nietzsche se vio obligado a encomendar a Gast la tarea de transcribir sus manuscritos para hacerlos legibles a los impresores) (p. 45). De cualquier manera, la vida (no el concepto de, sino la vida) es la clave, pero ¡no sólo la de Nietzsche!, sino también la del lector. Es el reto que propone Enrique López Castellón: que el lector asuma tal sacrificio que, por otra parte, no es ni más ni menos que el asumido por el filósofo que se pretende conocer. A partir de ahí toma cierta distancia, dejando que el lector que acepta su reto se enfrente a Nietzsche.

El título del libro no debe despistar, ya que es susceptible de ser interpretado como una guía de lectura dirigida a aquel que sienta curiosidad por la obra de un autor tan complejo como Nietzsche, como una de esas guías culturales que invitan al turista a visitar los lugares más emblemáticos de la ciudad a la que acaba de llegar. Como bien aclara el autor en varias ocasiones, no se pretende acompañar al lector en una especie de “Nietzsche-tour” (esa senda debe recorrerse a solas), sino aportar una serie de datos que puedan hacer, si cabe, aún más placentera la lectura de unos textos ya de por sí imantados, pues más allá de la polémica, la sátira o la negación no se puede dudar del enorme atractivo que suscita el pensamiento del filósofo alemán.

El libro consta de once capítulos, cada uno de ellos lleva un título que alude alegóricamente a la obra que va a comentar. El primero, «La tragedia clásica», explica el componente crítico de *El nacimiento de la tragedia*, que sirve a Nietzsche para reivindicar el valor original de la tragedia griega antes de que se suprimiera de la puesta en escena la dualidad Apolo/Dioniso. El segundo, «A través del desierto», presenta las etapas del pensamiento nietzscheano reflejadas en *Humano, demasiado humano* que, desde una antropología basada en la psicología y la biología, llega a la invalidación de la metafísica. En el tercero, «Soliloquios de un filósofo errante», se comentan, por un lado, tanto la influencia en Nietzsche de autores como Montaigne, Pascal, La Rochefoucauld, Fontenelle o Chamfort, como el uso del estilo aforístico presente en *Miscelánea de sentencias y opiniones*; y, por otro lado, el estilo marcado por la soledad que subyace en *El caminante y su sombra*. El cuarto, «Contra la Moral», repasa el ataque a la contemplación, al pensar especulativo distinto a la acción, que representa *Aurora*. En el quinto, «Como una alegre canción de danza», se explica por qué *La gaya ciencia* puede considerarse como una “apología artística del dolor” que sirve a Nietzsche para expresar cómo, tras la superación de un gran sufrimiento, se alcanza un grado de satisfacción mayor. El sexto, «El mensaje de Zaratustra», plantea el esquema que sigue Nietzsche en *Así habló Zaratustra*, en cuanto a su contenido (los temas principales, a saber, Dios, la voluntad de poder y el tiempo) y a su forma, haciendo hincapié en el uso del lenguaje del que se vale Zaratustra para transmitir su mensaje. El séptimo, «Más allá de la moral del rebaño», describe el abismo que separa al hombre liberado de la moral (fuerte) del hombre que aún sigue esclavo de ella (débil) tal como se dice en *Más allá del bien y del mal*. El octavo, «Formas morales de crueldad», hace referencia a *La genealogía de la moral*,

la obra que desenmascara esa forma de crueldad que es el ideal de la igualdad impuesto por la religión cristiana. El noveno, «El inmoralismo iconoclasta», atiende a la inversión de valores que propone Nietzsche en la crítica incluida en *El ocaso de los ídolos*, donde arremete, principalmente, contra sus compatriotas alemanes, contra los sacerdotes y contra Wagner. El décimo, «Contra el Cristianismo», esclarece el problema que plantea *El Anticristo*, es decir, el problema que supone rechazar la institucionalización del cristianismo sin recaer en otro tipo de institucionalización. Y, por último, el undécimo capítulo, «La autobiografía como nueva forma de filosofar», que, sobre todo, aconseja la perspectiva que debemos adoptar para llegar a conocer mejor a Nietzsche a través de ese ejemplo de autorrealización que es *Ecce homo*.

Además de las aportaciones en cuanto a la temática de las obras citadas, cada capítulo añade una serie de datos, en apariencia cuasi-aneecdóticos, pero que guardan una estrecha relación con la obra y la filosofía nietzscheana; son datos vitales (tanto por su contenido como por su importancia). Se esboza un contexto al que, más tarde o más temprano, tendremos que acudir, pues, aunque el pensamiento de Nietzsche se caracteriza por ser intempestivo, su vida no se resuelve en su pensamiento (en todo caso, sería a la inversa), de ahí que para cualquier posible aproximación a él sea de gran valor conocer los paisajes, las relaciones de amistad y enemistad, las lecturas, la correspondencia, el estado de salud, incluso los alimentos, que enmarcan sus obras. Desde esta perspectiva se aprecian cantidad de matices que pasan desapercibidos cuando enfocamos a un autor como Nietzsche bajo el prisma de la filología, la psiquiatría, la historia de la filosofía o desde cualquier ámbito del conocimiento sin ir más allá de la mera (que no gay) ciencia en último término. A este respecto es digna de mención la labor de López Castellón al desmentir algunas leyendas negras y otras tantas interpretaciones erróneas que seguramente partían con la clara intención de aproximarse a Nietzsche, pero sin tener en cuenta que estudiar a un autor aislando ciertos elementos y trabajando con ellos en abstracto es un proyecto arriesgado que puede derivar en un producto sesgado (por ejemplo, la falta que comete E. Faguet al sucumbir a la tentación de explicar *Ecce Homo* en términos patológicos, p. 260). Éste es otro de los aspectos donde queda patente el valor del libro en términos de documentación, hasta tal punto que, asimismo, debe agradecerse la ausencia de notas, pues incluirlas habría duplicado, triplicado quizá, el volumen del libro, con la saturación visual y conceptual (la distracción) que esto supone (no se reniega de las notas a pie de página, sólo se agradece la inclusión de citas y autores de forma directa y clara sin necesidad de recurrir a las notas), ofreciendo en su lugar una escueta, pero concisa, bibliografía.

La estructura argumental gira en torno a las ideas base de Nietzsche, llevando a cabo un seguimiento particular de cada una y mostrando la relación que guardan entre sí, desde su génesis hasta su culminación, repasando las distintas etapas que van desde un momento a otro, y siempre enmarcadas en el contexto biográfico ya señalado. Se muestra la evolución de sus ideas como inmersas en ese ciclo del eterno retorno de lo idéntico; si Nietzsche proclama que la vida se impone al pensamiento siendo ésta constante repetición (p. 171), como no podía ser de otra manera, esto ha de quedar reflejado en su vida, en su pensamiento y en su obra.

Dos ejemplos bastarán para ilustrar esta cuestión. En primer lugar, considerando la relación que mantuvo Nietzsche con el lenguaje, observamos que su evolución es inherente a la evolución de su vida y que, además, puede apreciarse también en el conjunto de su obra. Nietzsche recibió una formación humanística, de ahí que más tarde se sumergiera en la cultura griega desde la filología clásica, primero como estudiante y después como profesor, obteniendo la cátedra en la Universidad de Basilea a pesar de su juventud y de no haberse doctorado formalmente. *El nacimiento de la tragedia* debía justificar la obtención de ese cargo y su valía como filólogo (p. 16), pero sus colegas filólogos lo tacharon de apóstata o, en el mejor de los casos, de fantasioso exacerbado. Hasta cierto punto, la crítica no es espuria porque, efectivamente, el componente subjetivo (p. 17) y también la mención a la fantasía (p. 27) están presentes en esta obra. Pero, más allá de la posible legitimidad de las críticas recibidas, habría que resaltar la idea que éstas sugieren: *El nacimiento de la tragedia* no anuncia el fin de la filología sino del filólogo, ya que esta obra marca el momento en que Nietzsche se desliga de dicha disciplina para adentrarse en la filosofía manteniendo siempre, empero, un alto grado de

interés por el lenguaje. En *El nacimiento de la tragedia* Nietzsche analiza cómo se ha distorsionado progresivamente la concepción que el hombre tiene de la realidad, distorsión en gran medida provocada por un uso inadecuado del lenguaje, concretamente de las metáforas: al suprimir el componente dionisiaco (el coro) de la tragedia, ha desaparecido el vínculo (comunicativo) que podía procurar al hombre, a través del espectáculo, el conocimiento sobre sí, sobre la vida (p. 21); el resultado es la desorientación que desemboca en una amalgama compuesta de lo real idealizado y lo ideal realizado que sumen al hombre en una profunda confusión (pp. 31-32). Entonces Nietzsche se percata de la inminente necesidad de rescatar el componente imaginativo (libre de la rigidez de las normas que impone el uso lógico del lenguaje) que permita volver al derrotero del arte, sendero de creatividad, donde el hombre se crea a sí mismo (p. 34). El desarrollo de esta idea se plasma en *El caminante y su sombra*, donde se aboga tanto por la claridad de las ideas como por la claridad de su expresión, se atiende a la repercusión que tiene la forma del discurso en el contenido del mismo (p. 104), materializando estos aspectos en el soliloquio que mantiene el caminante consigo mismo a través de su sombra (p. 101). En esta misma línea, cuando escribe *La gaya ciencia* es ya plenamente consciente de que tener que responder de su obra sólo ante sí mismo (p. 127), en la que destaca el uso poético del lenguaje (pp. 135-137) como reafirmación de lo ya asentado en *El nacimiento de la tragedia*.

La contienda entre Nietzsche y el lenguaje alcanza su apogeo en *Así habló Zaratustra*, la prueba de fuego que el filósofo supera con creces salvando la dificultad de encontrar una forma del lenguaje tan elevada (un super-lenguaje) como el contenido del mensaje de Zaratustra (p. 151). Para concluir, si Nietzsche debía crear su propio lenguaje, en consonancia con sus propias ideas, desde la fantasía y la libertad, sin las cadenas que la filología en boga pudiera imponerle, ¿cómo podía haber continuado su trayectoria dentro de esta disciplina? Sencillamente, no podía; más aún, afirmó (una vez concluida *La gaya ciencia*): “*Mihi ipsi scripsi*” (“escribí para mí mismo”) (p. 127). Así lo asevera en *Ecce homo* ante la necesidad que sintió de contarse su vida (p. 255). Tuvo que elegir, pudo seguir una prometedora carrera como filólogo, rechazando las inclinaciones que sentía hacia todo lo demás (especialmente hacia la filosofía) o, por el contrario, no acallar la voz que lo instaba a buscar algo más allá de las restricciones de un determinado ámbito académico; eligió seguir su intuición y, lo que es más excepcional, no es uno de los autores que más ha repercutido en la historia del pensamiento a pesar de esa elección, sino que gran parte de su éxito ha sido gracias a ella.

Un segundo ejemplo. Ya en *El nacimiento de la tragedia*, que como reconoce el propio Nietzsche es una muestra de su visión del mundo (p. 18), se entrevén los motivos que van a ocupar su pensamiento durante toda su vida, es decir, la apariencia desde el punto de vista artístico y su utilidad para la vida humana (p. 28), la moral (sobre todo la religiosa) como auge de la sacralización de la razón y el concepto iniciada por Sócrates (p. 21), que, junto con la ciencia, se erige como guía que pretende dar al hombre su lugar en el mundo y las directrices para moverse en él basándose en la “verdad” (pp. 24-27). Estos elementos, así como las interacciones que tienen lugar entre ellos, constituyen el núcleo duro de la filosofía nietzscheana. Paralelamente, la gestación de esta obra coincide con el encuentro que se produce entre Nietzsche y Wagner, profesándose una admiración y una simpatía mutuas. Sin embargo, años más tarde, el compositor llegó a producir una sensación biliar en el filósofo, ya que pasó a ser la personificación del fraude: Nietzsche creyó ver en él al hombre intuitivo (que, consciente de su engaño, lo convierte en creación) distinto al hombre racional (que miente sin saberlo y sólo produce mero engaño) (p. 37), pero fue el artista que no posee la dignidad y la disciplina necesarias para autoafirmarse, para lograr el autodomínio, el genio seducido por la fama y la gloria que le ofrece el rebaño y que, en definitiva, sacrifica la vida. Según la evolución de la vida y del pensamiento de Nietzsche, que hizo acopio de valor y sacrificio pese a lo delicado y doloroso de su existencia, llegando a elegir la soledad en aras de la dignidad que le procurase el júbilo por la vida vivida que se repite sin descanso libre de culpa y pecado (p. 170)..., no podía, de ninguna manera, permitirse seguir profesando esa admiración y esa simpatía hacia Wagner: la cuestión queda resuelta con la legitimidad que se apoya en toda una vida de argumentos en

forma de aforismos que no dan cabida a la ignominia (su amistad no se truncó porque el éxito de Wagner suscitara los celos de Nietzsche, eso habría sido anti-nietzscheano) (p. 261) y que constituyen la defensa de quien vivió su vida a *su* modo hasta las últimas consecuencias (p. 127).

A estas conclusiones, y a otras muchas, se llega tras la lectura del libro que, como bien anuncia el título *Leyendo a Nietzsche*, propone (y consigue) leer algo en las obras de otro (*aliquid apud aliquem lego*), siendo una muestra de inteligencia por saber escoger de entre las obras las mejores para tal empresa y por saber leer entre líneas una vida fascinante contada a través de una autobiografía sublime que comienza con *El nacimiento de la tragedia* y alcanza su cenit con *Ecce homo*, pasando por casi todos los libros escritos entre uno y otro.

Marina Abad Pérez-Padilla  
Universidad de Málaga